

LIBRO SEXTO.

SUMARIO.

Guerra contra los volscos, los equos y prenestinos.—Establécense cuatro tribus nuevas.—Castigo de M. Manlio. Prohíbese el nombre de Manlio a la familia Manlia.—Proposición de ley para la admisión de los plebeyos al consulado. Adopción de la ley.—L. Sextio primer cónsul plebeyo.—Publicación de otra ley prohibiendo poseer á los particulares más de quinientas yugadas de tierra por cabeza.

En cinco libros de esta obra se narra la historia de Roma desde su fundación hasta su toma por los galos: historia que abarca la época de los reyes, la de los cónsules y dictadores, los decenviros y los tribunos consulares; las guerras extranjeras, las disensiones intestinas; historia oscura y que por su extraordinaria antigüedad aparece como los objetos que apenas se ven por su mucho alejamiento, y por la insuficiencia y escasez en aquellas mismas épocas de documentos escritos, únicos guardianes fieles de los hechos pasados; y en fin, por la destrucción casi completa, en el incendio de la ciudad, de los registros de los pontífices y de otros monumentos públicos y particulares. Con más claridad y certeza expondré en adelante los acontecimientos, tanto

LIBRO SEPTIMO.

SUMARIO.

Guerra contra los volscos, los equos y prenestinos.—Establécense cuatro tribus nuevas.—Castigo de M. Manlio. Prohíbese el nombre de Marco á la familia Manlia.—Proposición de ley para la admisión de los plebeyos al consulado. Adopción de la ley.—L. Sextio primer cónsul plebeyo.—Publicación de otra ley prohibiendo poseer á los particulares más de quinientas yugadas de tierra por cabeza.

En cinco libros de esta obra se narra la historia de Roma desde su fundación hasta su toma por los galos: historia que abarca la época de los reyes, la de los cónsules y dictadores, los decenviros y los tribunos consulares; las guerras extranjeras, las disensiones intestinas; historia oscura, y que por su extraordinaria antigüedad aparece como los objetos que apenas se ven por su mucho alejamiento, y por la insuficiencia y escasez en aquellas mismas épocas de documentos escritos, únicos guardianes fieles de los hechos pasados; y en fin, por la destrucción casi completa, en el incendio de la ciudad, de los registros de los pontífices y de otros monumentos públicos y particulares. Con más claridad y certeza expondré en adelante los acontecimientos, tanto

interiores como exteriores; este renacimiento de la ciudad, que brota, por decirlo así, de su asiento con más savia y lozanía. Levantada primeramente por M. Furio, en aquel gran ciudadano se apoya para mantenerse; no consintiendo que abdicase la dictadura antes de terminar el año. Como no se consideró conveniente encargar la celebración de los comicios para el año siguiente á los tribunos en ejercicio en el momento de la caída de la ciudad, y se recurrió á inter-reyes. Mientras los ciudadanos trabajaban con ardor y celo infatigables en la reconstrucción, Q. Fabio, que acababa de salir de la magistratura, fué demandado por C. Marcio, tribuno del pueblo; porque enviado á los galos con misión pacífica, peleó contra el derecho de gentes; pero le sustrajo al juicio una muerte tan oportuna, que muchos la creyeron voluntaria. El interregno empezó por P. Cornelio Escipión, siguiéndole M. Furio Camilo; éste, que lo era por segunda vez, creó tribunos militares con autoridad consular á L. Valerio Publicola por segunda vez, L. Virgínio, P. Cornelio, A. Manlio, L. Emilio y L. Postumio; quienes habiendo entrado en funciones inmediatamente después del interregno, empezaron consultando al Senado acerca de los asuntos religiosos. Hicieron ante todo que se buscasen los tratados y las leyes que subsistían aún (estas eran las Doce Tablas y algunas leyes reales); divulgáronse algunas hasta entre el pueblo; pero las que se referían á cosas santas quedaron suprimidas, y esto principalmente por los pontífices, que querían reservarse el freno de la religión como medio para sujetar la multitud. En esta época se comenzó á designar también los días religiosos (1); el día decimocuarto antes

(1) Primeramente se dividían los días entre los romanos en *fastos* y *nefastos*, permitidos y prohibidos; es decir, días destinados al trabajo y días destinados al descanso. Durante los días *nefastos* quedaba suspendida la acción de los tribunales. Mien-

de las kalendas sextiles, señalado por doble desastre; la matanza de los Fabios en Cremera y la vergonzosa derrota del ejército romano sobre el Alia; seguida de la ruina de Roma, llamóse por este último revés día del Alia, y se decretó que ni el Estado ni los particulares emprenderían nada en este día. Como al día siguiente de los idus de Julio el tribuno militar Sulpicio sacrificó sin resultado y sin cuidar de aplacar á los dioses, tres días después entregó el ejército romano á los golpes del enemigo, dícese que por esta razón se dispuso la abstención de todo acto sagrado en el día siguiente de los idus; y en lo sucesivo, según algunas tradiciones, esta piadosa prohibición se extendió al día siguiente de las kalendas y de las nonas.

No pudieron por mucho tiempo ocuparse holgadamente de levantar la república de tan grave caída. Por una parte los volscos, antiguos enemigos, habían tomado las armas para destruir el nombre romano, y por otra todos los jefes de la Etruria, reunidos en el templo de Voltumna (1) se habían puesto de acuerdo para

trás duraban estos días, estaba prohibido todo acto público; no podía presentarse ninguna ley, ni reunir al pueblo; ni nombrar magistrados. En los calendarios se les designaba con una X, y los días *fastos* con una F.

También existían días mixtos, llamados *dies intercisi*, porque no podían ser *fastos* más que durante el tiempo que mediaba entre la inmolación de la víctima y la ofrenda de las entrañas: *inter casa et porrecta*.

Llamábanse días religiosos á los que, habiendo sido señalados por alguna grande calamidad pública, el pontífice los declaraba *religiosi*, *infausti*, *atri*. En los *fastos* públicos se les señalaba con tiza y carbón. Durante estos días debían abstenerse de ofrecer sacrificios y de emprender cualquier negocio. Eran por consiguiente *nefastos* también, pero no todos los días *nefastos* eran religiosos.

(1) Voltumna, en cuyo templo se celebraban las asambleas generales de la Confederación etrusca, y cuyo nombre y carac-

la guerra; en fin, para aumento de alarmas, anunciábase la defección de los latinos y de los hérnicos, que desde el combate del lago Regilo, en el espacio de cien años, jamás habían hecho traición á la fe que les unía con el pueblo romano. Como ante tan numerosos y apremiantes peligros todos comprendían que el nombre romano no solamente estaba amenazado por el odio del enemigo, sino también por el desprecio de los aliados, decidióse confiar la defensa de la república á los auspicios que la habían reconquistado, y nombraron dictador á M. Furio Camilo. Nombró éste jefe de los caballeros á C. Servilio Ahala, y después de proclamar la vacación de los tribunales, hizo una leva de soldados jóvenes: hasta los ancianos á quienes quedaban fuerzas prestaron juramento (1) y fueron alistados por centurias. Inscritas y armadas estas tropas las dividió en tres cuerpos: el primero debía marchar al territorio de Veyas, para hacer frente á la Etruria; otro recibió orden de acampar á las puertas de la ciudad; estas últimas tropas las mandaba el tribuno militar A. Manlio; las

ter recuerdan su epíteto y atribución comunes á Júpiter y Minerva, parece fué la misma que la *Conso* de los romanos, diosa de los consejos públicos y protectora de los senadores.

(1) Alistóles en las centurias; es decir, en la infantería. Los jinetes estaban divididos en decurias. En Anlio Gelio se encuentra una antigua fórmula de juramento militar, que él mismo extrajo del libro quinto de la obra de Cincio Alimento, y que dice así: "Bajo la magistratura de C. Lelio, hijo de C., cónsul, y de L. Cornelio, hijo de P., cónsul, en el ejército y á diez millas en derredor no robarás por malas artes, ni solo ni con otros, por más de una pieza de plata por día; y si fuera de una lanza, un hierro de lanza, leña, forraje, un odre, un saco, una antorcha, encuentras ó coges alguna cosa que no sea tuya y valga más de una pieza de plata, la llevarás á C. Lelio, hijo de C., ó á L. Cornelio, hijo de P., ó á quien corresponda de los dos: ó declararás dentro de tercero día lo que hayas encontrado ó robado sin malas artes, ó lo devolverás á quien creas pertenecer, de la manera que te parezca más justa."

que enviaba contra los etruscos estaban bajo el mando de L. Emilio. Él mismo llevó el tercer cuerpo contra los volscos, les encontró acampados cerca de Lavinia, en el punto llamado *Mecium*, y los atacó. Los volscos, que hacían guerra á Roma por desprecio de su debilidad y porque creían que los galos habían destruido casi toda la juventud romana, experimentaron tal espanto al solo nombre de Camilo, que se cubrieron con un parapeto fortificado con un montón de árboles derribados para cerrar al enemigo el acceso á las empalizadas. Viendo esto Camilo, mandó incendiar aquel parapeto de ramaje; secundado por el viento, que por casualidad soplabá violentamente hacia el enemigo, la llama le abrió pronto camino; el incendio llegó al campamento, y el vapor, el humo, la misma crepitación de aquella leña verde asustó tanto al enemigo, que costó menos trabajo á los romanos forzar la defensa para penetrar en el campamento de los volscos, que á éstos atravesar el ramaje presa del incendio. Después de derrotar y deshacer al enemigo y de apoderarse del campamento, el dictador entregó el botín á los soldados, cosa que les agradó tanto más cuanto menos la esperaban de un general poco propicio á estas generosidades. En seguida persiguió Camilo á los fugitivos, y cuando hubo devastado completamente el territorio de los volscos, se rindieron éstos, subyugados al fin después de siete años de guerras. Vencedor de los volscos, marchó contra los equos, que también se aprestaban para la guerra, aplastó su ejército cerca de Bolas, y habiendo atacado no solamente su campamento, sino su ciudad, se apoderó de ella al primer esfuerzo.

Mientras en el punto donde mandaba Camilo las fuerzas romanas era favorable la fortuna, por la otra parte se experimentaba profundo terror. Casi toda la Etruria armada sitiaba á Sutrium, aliada del pueblo romano;

habiéndose dirigido al Senado sus legados, pidiéndole auxilio en su desgracia, obtuvieron un decreto mandando al dictador acudiese sin demora en auxilio de los sutrienses. Pero la desgracia de los sitiados no les permitió esperar la realización de esta promesa: poco numerosos, extenuados por las fatigas, las vigiliás y las heridas que recibían siempre los mismos, los habitantes, por medio de una capitulación, habían entregado su ciudad al enemigo, y abandonando sus penates, los desgraciados se retiraban sin armas y sin más ropas que las puestas. Casualmente llegó en aquel momento Camilo con el ejército romano; aquella multitud desolada se arrojó á sus pies, escuchó un discurso de los principales ciudadanos, en el que manifestaban su espantosa situación, y los gemidos de las mujeres y niños que se arrastraban para seguirles al destierro. Acogióles con afecto, exhortóles á no llorar, y les dijo que iba á llevar á los etruscos el duelo y el llanto. Mandó dejar los bagajes, dejó á los sutrienses al amparo de un destacamento poco numeroso, y da orden á los soldados de no llevar más que las armas. Hecho esto, marcha á Sutrium con las tropas más ligeras; allí encuentra, conforme había previsto y sucede siempre después de un triunfo, completo desorden: ni una guardia delante de los parapetos, las puertas abiertas y el vencedor disperso en las casas enemigas para arrebatar el botín. Así, pues, por segunda vez en el mismo día tórnase Sutrium: los etruscos vencedores caen á su vez bajo los golpes de un enemigo que no esperaban y que no les da tiempo para reunirse y tomar las armas. Habiendo corrido muchos á las puertas con el propósito de salir al campo, las encuentran cerradas, porque esta era la primera orden que había dado el dictador. Entonces, unos empuñan las armas; otros, que por casualidad estaban armados en el momento del ataque, llaman á sus compañe-

ros excitándoles á la defensa, y su desesperación hubiese dado bríos al combate si los prigioneros repartidos por la ciudad no hubiesen gritado que depusiesen las armas; que los desarmados serían perdonados, pero que se mataría á cuantos se encontrasen con armas. Entonces, aquellos mismos que solamente se habían decidido al combate porque en él encontraban la última probabilidad de salvación, arrojan sus armas por todos lados, y desarmados, adoptando el único partido seguro que les ofrecía la fortuna, se entregan á discreción al vencedor. Dividieron aquella multitud para custodiarla, y antes de la noche se devolvió la ciudad á los sutrienses, íntegra é incólume de toda calamidad de guerra, porque no había sido tomada por asalto, sino entregada por capitulación.

Camilo entró en triunfo en Roma habiendo vencido en tres guerras, llevando delante de su carro larga fila de prisioneros, la mayor parte etruscos. Vendióseles en subasta, y tan buen precio se obtuvo, que después de devolver á las matronas el valor del oro que habían dado, el resto permitió hacer tres copas de oro, que fueron marcadas con el nombre de Camilo y depositadas á los piés de Juno, en el santuario de Júpiter, donde se encontraban todavía, según dicen, en el momento del incendio del Capitolio. En este año se admitió al derecho de ciudadanía á los tránsugas veyos, capenatos y faliscos que durante estas guerras habían seguido al ejército romano, y se dieron tierras á estos nuevos ciudadanos. Por un senatus-consulto se llamó de Veyas á Roma á aquellos que por librarse del trabajo de reconstruir se habían trasladado, tomando allí posesión de las casas abandonadas; al principio intentaron murmurar y despreciar la orden del Senado; pero habiéndose fijado día, bajo pena capital, contra todo emigrado que no regresase á Roma, aquellos mismos hon-

bres que reunidos se encontraban tan enérgicos, aislados temió cada cual por sí, y se sometieron. Así aumentó la población de Roma al mismo tiempo que se alzaban de nuevo en toda ella sus edificios. La república atendía á los gastos, los ediles vigilaban los trabajos como si fuesen públicos, y los mismos ciudadanos, impulsados por el deseo de utilizarlos, se apresuraban á terminarlos; en menos de un año estuvo en pie la nueva ciudad. Al terminar este año se procedió á la elección de tribunos con autoridad consular, creándose á T. Quincio Cincinato, Q. Servilio Fidenas por quinta vez, L. Julio Yulo, L. Aquilio Corvo, L. Lucrecio Tricipitino y Ser. Sulpicio Rufo. Dirigióse contra los equos un ejército no para combatirlos, porque se consideraban vencidos, sino para satisfacer la indignación de los ciudadanos por la devastación de sus campos, é inutilizarles para hacer de nuevo la guerra. Envióse otro ejército al territorio de los tarquinios, donde fueron tomadas por fuerza y destruidas las ciudades de Cortuosa y Contenebra. En la primera no hubo resistencia; atacaron de improviso la plaza, y al primer gritó, al primer asalto la tomaron, siendo saqueada y quemada. Contenebra sostuvo un sitio de pocos días, reduciéndola por medio de continuos trabajos que no interrumpían á ninguna hora. Dividióse en seis partes el ejército romano, combatiendo cada una de éstas durante seis horas, y los sitiados, poco numerosos, tenían que oponer siempre los mismos cuerpos fatigados á los enemigos que se renovaban sin cesar, sucumbiendo al fin, y dejando á los romanos penetrar en su ciudad. Creían conveniente los tribunos reservar el botín para la república, pero tardaron más en dar las órdenes que en decidirse, y mientras vacilaban, los soldados se apoderaron de él, siendo imposible recogerlo ya, á menos de excitar su indignación. Aquel mismo año, además de

los edificios particulares con que aumentaba la ciudad, reconstruyóse desde los cimientos el Capitolio sobre una masa de piedras cuadradas; obra que todavía excita admiración á pesar de la magnificencia de nuestra ciudad. Cuando los ciudadanos se ocupaban de estos trabajos, los tribunos del pueblo se esforzaban ya en atraerlos á sus asambleas por medio de las leyes agrarias, mostrándoles en perspectiva las tierras del Pontino, cuya posesión les había asegurado Camilo para siempre por medio de la ruina de los volseos. Quejábanse de que aquellos terrenos estaban más infestados por los nobles que jamás lo estuvieron por los volseos; porque éstos al menos no habían podido extender sus incursiones más de lo que permitían sus fuerzas y el poder de sus armas; pero los nobles caminaban á la posesión de los campos públicos, y si no los repartían antes de que lo invadiesen todo, nada quedaría para el pueblo. Poco conmovieron á la multitud, que por los trabajos de reconstrucción estaba algo alejada del Foro; y que, extenuada además por los gastos, no pensaba en aquellas tierras que no podía cultivar. Como la ciudad era religiosa y la superstición había dominado hasta á los jefes, se quiso renovar los auspicios y se recurrió á un interregno; siendo inter-reyes sucesivamente M. Manlio Capitolino, Ser. Sulpicio Camerino y L. Valerio Potito. Este último celebró los comicios, en los que se eligieron tribunos militares con autoridad de cónsules á L. Papirio, C. Cornelio, C. Sergio, L. Emilio por segunda vez, L. Menenio y L. Valerio Publicola por tercera vez. Terminado el interregno entraron en funciones. T. Quincio, decenviro encargado de las ceremonias sagradas, dedicó este año el templo votado á Marte durante la guerra de los galos. Establecieronse además cuatro tribus formadas de ciudadanos nuevos,

la Stelatina, la Tromentina, la Sabatina y la Arniana, completando con ellas el número de veinticinco (1). El tribuno del pueblo L. Sicinio trató de los terrenos del Pontino ante más numerosa multitud, más agitada y más deseosa de terrenos que antes. También se habló en el Senado acerca de la guerra contra los latinos y los hérnicos; pero como la Etruria empuñaba las armas, la atención de esta guerra, más importante, hizo que se aplazara el proyecto. El poder volvió á Camilo, nombrado tribuno militar con autoridad de cónsul. Los cinco colegas que le dieron, fueron Ser. Cornelio Maluginense, Q. Servilio Fidenas por sexta vez, L. Quincio Cincinnato, L. Horacio Pulvilo y P. Valerio. Al principio del año distrajerón la atención de la guerra de la Etruria fugitivos del Pontino, que repentinamente llegaron á Roma anunciando que los anziatos habían tomado las armas y que los pueblos latinos habían enviado en el acto su juventud á esta guerra. Estos pueblos aseguraban no tener ninguna participación pública, pero manifestaban que no podían impedir á sus voluntarios que fuesen á guerrear donde quisieran. Ahora ya habían aprendido los romanos á no despreciar á ningún enemigo, y por tanto, el Senado dió gracias á los dioses por ser Camilo magistrado, porque se hubiesen visto obligados á nombrarle dictador si no hubiese ejercido entonces alguna magistratura. Contaban sus colegas «que la dirección de todos los asuntos

(1) La tribu Stelatina tomaba su nombre de la llanura de Stelata, en Etruria, entre Capena y Veyas; la Sabatina, del lago Sabatino, en Etruria también; la Tromentina, del territorio de Tromento; la Arniana, cuyo verdadero nombre debió ser Arnensis, debió tomarlo del río Arno, en Etruria. El número de las tribus que la constitución de Servio Tulio fijó en veinte, se elevó á veintiuno por la unión de la tribu Claudia el año de la muerte de Tarquino. Ahora se elevó á veinticinco, y más tarde aumentó hasta treinta y cinco, de cuyo límite no pasó.

tos en presencia de la guerra y de sus alarmas, debía descansar en un hombre solo; pensaban dejar el mando á Camilo, y no creían perder nada de su majestad haciendo esta concesión á la de un varón como aquél. El Senado colmó de alabanzas á dos tribunos, y el mismo Camilo, con afectado ánimo, los dió las gracias. «El pueblo romano, dijo en seguida, que le había nombrado dictador cuatro veces ya, le imponía pesada carga; el Senado otra muy grande por la lisonjera opinión que este orden tenía de él, y sus colegas otra mayor todavía por aquella consideración tan honrosa. Que si podía aumentar sus trabajos y vigiliias, se esforzaría en excederse á sí mismo para que aquella unánime estimación de sus conciudadanos, tan elevada ya, pudiese ser igualmente duradera. Que en cuanto á la guerra y los anziatos, había en esto más amenazas que peligro; pero que creía que si nada había que temer, tampoco se debía descuidar nada. Por todas partes rodeaban á la ciudad de Roma vecinos envidiosos é iracundos; era, por consiguiente, necesario repartir entre muchos ejércitos y muchos jefes el servicio de la república. A ti, P. Valerio, dijo, te asocio á mi mando y mi consejo; tú guiarás conmigo las legiones contra nuestros enemigos de Anzio. Tú, Q. Servilio, con otro ejército equipado y dispuesto, acamparás en Roma, y desde aquí observarás si los etruscos, como en otro tiempo, se sublevarán, ó si los latinos y los hérnicos aprovechan nuestros cuidados para moverse. Tengo la seguridad de que te conducirás de una manera digna de tu padre, de tu abuelo, de ti mismo y de tus seis tribunados. Otro ejército á las órdenes de L. Quincio, formado de ciudadanos á quienes la edad ú otras causas eximan (1)

(1) A los ciudadanos exentos del servicio militar por causas justas, se les llamaba *causarii*. Estas causas eran muy numero-

del servicio, guardará la ciudad y sus murallas. L. Horacio se encargará de las provisiones de armas, flechas, trigo; en fin, de todo lo que pueda necesitarse en esta guerra. Tú, Ser. Cornelio, presidirás el Consejo público, tendrás la vigilancia de la religión, de los comicios, de las leyes y de todos los intereses de la ciudad: así lo desean tus colegas.» Habiendo aceptado todos y prometido desempeñar con celo el cargo que se les asignaba, elegido Valerio para compartir el mando, añadió: «Que consideraba á M. Furio como su dictador, que solamente le serviría como jefe de los caballeros, y que de esta manera el éxito que se esperaba de la unidad del mando podría obtenerse para la guerra.» Por otra parte, decían los senadores: «Que esperaban mucho de la guerra y de la paz, de la situación pública entera.» Y arrebatados por la alegría, exclamaron: «Que nunca experimentaría la república la necesidad de un dictador mientras desempeñasen tales hombres las magistraturas, entendiéndose tan bien, estando tan unidos y más dispuestos á confundir con los demás su gloria personal que á atraer sobre sí la de todos.»

Proclamada la vacación de negocios (*justitium*) y terminada la leva, marchan hacia Sutrium Furio y Valerio. Valerio, que era de una familia distinguida, tenía algunas ventajas: la edad, un privilegio concedido en recompensa de algún servicio eminente prestado á la patria, privilegio que podía ser temporal, como el de cinco años concedido á los soldados de Prenesto; algunas dignidades, como las magistraturas y los sacerdocios; el haber cumplido los años de servicio á que obligaba la ley, y en fin, las enfermedades y defectos físicos. Los colonos militares estaban exentos también del servicio, y esta exención se llamaba sacrosanta. Sin embargo, en algunas circunstancias imperiosas, como aquellas en que se encontraba la república en la época presente, no se atendía á ninguna exención, y se alistaba á los *causarii* como á los demás ciudadanos. Las guerras contra los galos se consideraban siempre en estas condiciones excepcionales; pero cuando se llamaba á los *causarii* al servicio militar, se les daba siempre la ocupación menos penosa.

rio. Además del ejército de los volscos, formado de juventud escogida, los anziaos habían llamado á considerable número de latinos y de hérnieos, pueblos que se habían conservado íntegros durante larga paz. Así, pues, la unión de estos nuevos enemigos á los antiguos, quebrantó el valor del soldado romano. Mientras se ocupaba Camilo en disponer su orden de batalla, los centuriones le anunciaron «que conturbados los soldados, tomaban á disgusto las armas; que vacilaban y rehusaban salir del campamento; que hasta se habían oído algunas voces diciendo que iban á combatir uno contra ciento. Si aquella multitud estuviese desarmada, apenas se podría hacerla frente; armada, ¿cómo resistirla?» Camilo montó á caballo, llegó delante de las enseñas al frente de las legiones, y comenzó á recorrer las filas: «¿Qué significa esa tristeza, soldados? ¿Por qué esa extraña vacilación? ¿No conocéis al enemigo, ni á mí, ni os conocéis vosotros mismos? ¿Qué otra cosa es el enemigo para vosotros que objeto perpetuo de valor y gloria? Vosotros, por el contrario, mandados por mí (sin mencionar la toma de Faleria y de Veyas, y en nuestra patria reconquistada, la matanza de las legiones de los galos), ¿no conseguisteis en otro tiempo por triple victoria tres veces el triunfo sobre esos mismos volscos, sobre esos equos, sobre toda la Etruria? ¿Acaso porque os he dado la señal, no como dictador, sino como tribuno, no me reconocéis ya como vuestro jefe? No deploro carecer de mayor autoridad sobre vosotros, y vosotros no debéis contemplar en mí más que á mí mismo, porque la dictadura nunca aumentó mi valor, como no lo disminuyó el destierro. Somos lo que éramos, y puesto que traemos á esta guerra lo que hemos llevado á las otras, debemos esperar igual éxito. Una vez en el combate, cada cual hará lo que ha aprendido, lo que está acostumbrado á hacer. Vosotros venceréis y ellos huirán.»

dos, mantuvieron por el momento los vacilantes asuntos de Sutrium, dando tiempo para poder socorrerla. Camilo divide su ejército; manda á su colega que rodee la parte de la ciudad ocupada por el enemigo y que ataque las murallas, no tanto con la esperanza de poder escalarlas y tomarlas, como para distraer al enemigo en una ocupación que dejaría descansar á los habitantes, fatigados de la resistencia, y que le permitiría á él mismo entrar sin oposición en la plaza. Ejecutadas á la vez estas dos maniobras, colocaron entre dos peligros á los etruscos, que se encontraban todos juntos, abrumados por enérgico ataque á las murallas y por la presencia del enemigo en la plaza; y como por casualidad se encontraba libre todavía una puerta, se precipitaron en tropel por aquella salida. Tanto en la ciudad como en el campo hubo considerable matanza de fugitivos, degollando muchos más los soldados de Furio dentro de las murallas. Más ágiles los de Valerio, los persiguieron más lejos, y solamente la noche, ocultando al enemigo, puso fin á la matanza. Reconquistado Sutrium y devuelto á los aliados, marchó el ejército hacia Nepes, que se había rendido á los etruscos.

Parecía que la reconquista de esta plaza había de costar mucho trabajo; en primer lugar porque la ciudad había sido entregada por la traición de una parte de los nepesianos. Consideróse, sin embargo, oportuno mandar decir á sus jefes que se separasen de los etruscos y que á lo menos les guardasen aquella fe que habían reclamado de los romanos. Contestaron que no podían hacer nada; que los etruscos eran dueños de las murallas y tenían la guardia de las puertas. En vista de esto, comenzaron por devastar el territorio para aterrorizar á los habitantes; en seguida, como la fe de su rendición era más sagrada para ellos que la de su alianza, el ejército

se acercó á las murallas, llevando sarmientos y haces de leña recogidos en el campo, llenó los fosos, apoyó las escalas á los muros, y al primer grito, al primer asalto, se apodera de la plaza. Un edicto manda á los nepesianos que depongan las armas, prometiendo perdonar á los desarmados. Los etruscos, armados ó sin armas, fueron todos pasados á cuchillo, y los nepesianos tradidores, decapitados. En cuanto á la multitud, que no era culpable, se le devolvieron sus bienes y su ciudad, en la que dejaron guarnición. Después de recuperar de esta manera del enemigo dos ciudades aliadas, los tribunos llevaron á Roma con sumo regocijo el ejército victorioso. Aquel mismo año se dirigieron reclamaciones á los latinos y á los hérnicos; preguntóseles por qué durante aquellas últimas guerras no habían suministrado el número de soldados convenido. Por uno y otro pueblo se les contestó en solemne asamblea: «Que no por culpa ni por la mala voluntad de la nación una parte de la juventud había servido con los volscos; que aquellos jóvenes habían recibido el castigo de su culpable conducta; puesto que ni uno solo había vuelto. Que no habían podido suministrar el número de soldados, porque les detenía el continuo temor que les inspiraban los volscos; aquella calamidad adherida á sus costados y que tantas guerras sucesivas no habían podido extirpar aún.» Llevada esta contestación al Senado, opinó que había razón; pero que no era oportuno en aquel momento hacer la guerra.

En el año siguiente, siendo tribunos con autoridad consular A. Manlio, P. Cornelio, T. y L. Quincio Capitolino, L. Papirio Cursor y C. Sergio, estos dos últimos por segunda vez, estallaron fuera una guerra grave y dentro una sedición más grave todavía. La guerra era con los volscos, apoyados con la defección de los latinos y los hérnicos; la sedición procedía de un hombre de

quien no podía esperarse, de un hombre de familia patricia y que gozaba de gloriosa fama, M. Manlio Capitolino. Este varón altivo, que despreciaba á los principales ciudadanos, solamente envidiaba á uno, tan distinguido por sus dignidades como por sus virtudes, á M. Furio. Con despecho veía á Camilo siempre en las magistraturas, siempre al frente de los ejércitos. Tan elevado está ya sobre todos los demás, que los magistrados creados bajo los mismos auspicios no son ya colegas suyos, sino ministros. Y sin embargo, considerando bien las cosas, M. Furio no hubiese podido libertar á su patria sitiada, si él no hubiese salvado antes el Capitolio y la fortaleza. Camilo no atacó á los galos hasta que la vista del oro y la esperanza de la paz enervaron su valor; él les rechazó cuando estaban armados é iban á apoderarse de la fortaleza: Camilo debe parte de su gloria á cada uno de los numerosos soldados que vencieron con él; pero á su victoria ningún mortal puede asociarse. Hinchido su ánimo con estas ideas, predestinado además por funesta inclinación á la ira y la violencia, no encontrándose con los patricios tan infuyente como creía tener derecho á ser, apareciendo como el primero de ellos, se entregó al pueblo y se puso en inteligencia con los magistrados plebeyos, desacreditando á los senadores, adulando á la multitud, siguiendo menos á la razón que á la opinión popular y buscando fama antes grande que buena. No contentó con las leyes agrarias, perpetuo motivo de sediciones para los tribunos del pueblo, comenzó á minar la fe pública. «No hay peores torturas, decía, que las deudas; porque no amenazan solamente con la miseria y la vergüenza, sino que hacen pesar sobre los hombros libres el terror del látigo y las prisiones.» Ahora bien: las deudas eran muchas después de tantas reconstrucciones, cosa ruñosa hasta para los ricos. Así fué que la guerra

de los volscos, tan pesada ya por sí misma y que lo era mucho más por la defección de los latinos y los hérnicos, se tomó como pretexto para recurrir á autoridad más fuerte. Pero los proyectos de Manlio fueron los que impulsaron principalmente al Senado á crear un dictador, siéndolo A. Cornelio Cosso, quien nombró jefe de los caballeros á T. Quincio Capitolino.

Preveía el dictador que la lucha sería más empeñada en el interior que en el exterior; sin embargo, bien porque aquella guerra exigiese celeridad, bien porque esperase aumentar la fuerza de su dictadura con la victoria y el triunfo, realizó una leva y marchó al Pontino, donde sabía que debía reunirse el ejército volseo. Además del fastidio de leer, referidos en tantos libros, los detalles de estas guerras continuas con los volscos, no me asombraría se preguntase con sorpresa, como yo he quedado sorprendido al examinar los escritores más cercanos de aquellos tiempos, cómo podían los volscos y los equos, tantas veces vencidos, levantar nuevos ejércitos. Guardando silencio acerca de este punto los antiguos, ¿qué otra cosa podré yo exponer sino mi opinión particular, como cada cual puede formar la suya según sus propias conjeturas? Es verosímil, ó que en el intervalo de una guerra á otra, como se hace hoy para los alistamientos romanos, se acudiese á nueva clase de jóvenes que bastaba para comenzar de nuevo la guerra; ó que los ejércitos no se sacasen siempre del seno de los mismos pueblos, aunque fuese la misma nación la que hiciese la guerra; ó, en fin, que existiese innumerable multitud de cabezas libres en aquellas comarcas, donde ahora se recogen con mucho trabajo algunos soldados, y que, sin nuestros esclavos, estarían desiertas (1). Por

(1) En el tiempo de Tito Livio y mucho antes en las campañas de Italia superaba con mucho el número de esclavos al de hombres libres. Dependía esto de tres causas principales: la

lo demás (y todos los autores están de acuerdo en este punto), á pesar de los últimos golpes descargados, bajo los auspicios (y dirección) de Camilo, al poder de los volscos, su ejército era inmenso; y á los volscos se habían unido los latinos, los hérnicos, circceyos y hasta romanos de la colonia de Melitres. El mismo día de su llegada formó su campamento el dictador, y al siguiente, después de consultar los auspicios, inmolado una víctima é implorado el favor de los dioses, adelantóse alegremente hacia los soldados, que viendo la señal, tomaban las armas al amanecer, según la orden que habían recibido. «La victoria es nuestra, soldados, les dijo, si los dioses y adivinos conocen lo porvenir; así, pues, como hombres seguros del éxito y que van á pelear con enemigos indignos de ellos, dejemos al pie el dardo y empuñemos solamente las espadas. Tampoco quiero que avancéis; manteneos ahí apretados y recibid á pie firme el choque del enemigo. En cuanto hayañ

glomeración de todas las tierras en las manos de corto número de poseedores que las hacían cultivar á los esclavos; de la emigración de la mayor parte de la población pobre ó poco acomodada, atraída á Roma por la distribución de trigo que allí se hacía al pueblo, y en fin, de la dispersión de los ciudadanos por la inmensa extensión del imperio. Formárase idea de la importancia de esta última causa de la despoblación de Italia, recordando que, solamente en la provincia de Asia y en el corto transcurso de cuarenta años después de la sumisión de aquella comarca, Mitridates pudo hacer degollar un número de ciudadanos romanos que Valerio Máximo estima en ochenta mil, y que se elevaba á ciento sesenta mil, según Plutarco y Dion Casio.

Los primeros emperadores, asustados por el progresivo decrecimiento de la población libre de Italia y por el aumento del número de esclavos, trataron varias veces de poner remedio; pero sus esfuerzos fueron inútiles; el mal siguió aumentando, hasta el punto que habiendo pensado el Senado, dice Séneca, en que se distinguiesen los esclavos por un traje particular, tuvo que renunciar á ello á causa de los peligros que habrían amenazado al imperio si hubiesen podido contarse.

lanzado sus inútiles dardos y corran en desorden contra vuestra inmóvil masa, que brillen entonces vuestras espadas y que cada cual piense que hay dioses que protegen al soldado romano; dioses que nos han enviado al combate bajo felices augurios. Tú, T. Quincio, contén la caballería, observando atentamente el momento en que comience la lucha; cuando veas las filas empuñadas, pie contra pie, entonces acude con tu caballería á sembrar el terror en medio de enemigos dominados por otro miedo y dispersa con el ataque las filas de los combatientes.» Jinetes y peones combaten según se les ordena, y ni faltó el general á las legiones ni la fortuna al general.

La multitud de enemigos, confiada en el número, después de medir con la vista uno y otro ejército, trabó imprudentemente el combate y lo abandonó lo mismo; después de lanzar su grito de guerra, arroja sus dardos y ataca al principio con alguna energía, pero no puede resistir las espadas, ni el combate cuerpo á cuerpo; ni el semblante del enemigo, en el que brillaba el ardor de su espíritu. Mientras su frente de batalla, rechazado, retrocedía sobre la retaguardia llevando el desorden, precipitándose sobre ellos la caballería, les aterró más: en varios puntos quedaron rotas las filas y todo el ejército se conmovió como agitado mar. Al fin, habiendo caído las primeras filas y viendo cada cual llegar hacia él la matanza, emprendieron la fuga. El romano les hostiga; mientras se retiraron armados y agrupados, solamente les persiguió la infantería; pero cuando se vió que el enemigo arrojaba las armas y que se dispersaba por la llanura, á una señal, lanzáronse las turmas de caballería, con orden de no detenerse para matar fugitivos aislados, dando tiempo á la masa para escapar, y si solamente de hostigar á aquella multitud lanzándola dardos, persiguiéndola, picándole los

flancos y manteniéndola reunida hasta que los peones pudiesen llegar y terminar la matanza. La noche solamente puso término á la derrota y á la persecución. Aquel mismo día fué tomado y saqueado el campamento de los volscos, abandonando á los soldados todo el botín menos los hombres libres. La mayor parte de los prisioneros eran latinos y hérnicos, y entre ellos se encontraban, no solamente hombres del pueblo, de quienes podía creerse que se habían alistado mediante paga, sino jóvenes pertenecientes á las primeras familias; prueba evidente de que la nación era quien ayudaba á los volscos. Reconociéronse también entre los prisioneros algunos circceyos y colonos de Velitres. Enviados todos á Roma é interrogados por los senadores principales, denunciaron claramente, como habían denunciado á Camilo, la defección de sus pueblos.

El dictador mantenía su ejército en las líneas, esperando que el Senado le ordenase hacer la guerra á estos pueblos; pero un peligro más grave obligó á llamarle á Roma, donde aumentaba diariamente una sedición más temible que ninguna en razón de su autor. Manlio no se contentaba ya con discurrir; obraba, y sus actos, que tenían por pretexto el bien del pueblo, no llevaban en su intención otro objeto que sublevarle. Un centurión que se había distinguido por hermosas hazañas, había sido condenado como insolvente y le llevaban á las prisiones: habiéndole visto Manlio, acudió al Foro con sus gentes y le libertó; en seguida, comenzando á declamar contra el orgullo de los patricios, la crueldad de los usureros, las miserias del pueblo, los méritos de aquel hombre y su infortunio, «inútil sería, dijo, que hubiese salvado con esta diestra el Capitolio y la fortaleza, si consintiese que un conciudadano mío, que un compañero de armas fuese ante mi vista, como un prisionero de los galos, llevado á la esclavitud ó al en-

cierto.» Dicho esto, paga al acreedor delante del pueblo, y libre el deudor por la moneda y la balanza (1), se retira rogando á los dioses y á los hombres concedan á M. Manlio, su libertador y padre del pueblo romano, digna recompensa. Rodeado en seguida por agitada multitud, aumenta más y más el tumulto mostrando las heridas recibidas en Veyas contra los galos y en todas las otras guerras. «Mientras combatía, mientras levantaba sus penates derribados, el capital de su deuda, pagado ya muchas veces, había sido devorado por los intereses, y la usura había concluido por abrumarle: si ve el Foro, la luz, sus conciudadanos, á M. Manlio lo debe, de quien ha recibido todos los beneficios paternales; dedícale cuanto le queda de fuerzas, de vida y de sangre; cuantos lazos le han unido hasta entonces á la patria y á sus penates públicos y privados, le unirán en adelante únicamente á este hombre.» Como el pueblo, arrastrado por estas palabras, pertenecía ya á aquel hombre solo, recurrió éste á otro medio para conmovérselo y llevar hasta el grado más alto la perturbación. En el territorio de los veyos tenía un campo que era el mejor de su patrimonio. «Sácole á subasta para que ninguno de vosotros, ¡oh romanos! dijo, en tanto me quede algo, no sea condenado ante mi vista y llevado á prisión.» Tanto exaltó los ánimos por este medio, que les vió dispuestos á seguir por todos los caminos, buenos ó

(1) La venta por la moneda y la balanza se realizaba de esta manera: el pesador público tenía una balanza, en presencia de cinco testigos, todos ellos ciudadanos romanos y con edad de pubertad; el comprador, teniendo en la mano una moneda de bronce, pronunciaba esta fórmula: *Hunc ego hominem ex jure Quiritium meum esse aio, isque mihi emptus est hoc re neque libra.* En seguida golpeaba la balanza con la moneda, que entregaba al vendedor como precio de la compra. Esta costumbre tuvo origen en el tiempo en que los romanos pesaban el cobre por caracer de moneda.